

por sus costumbres y con sus actos lo que prometen nuestros programas.

Por lo tanto, es imprescindible que los carlistas luchen en las próximas elecciones municipales, lo mismo en la más populosa ciudad que en la más apartada y reducida aldea.

A esta campaña de carácter administrativo acudiremos con nuestras solas fuerzas, y por excepción, si en determinados puntos hubiere de hacerse coalición alguna, las Juntas regionales y de provincia determinarán su alcance y su forma, para lo cual tienen la autoridad e instrucciones suficientes.

Luchemos, pues, con la energía, la actividad y abnegación que nos son características y con la más perfecta unidad de acción, de manera que en donde se presente un candidato carlista tenga el apoyo más resuelto y sin vacilaciones de todos los amigos, único modo de cumplir con nuestro deber.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

Madrid 24 de Abril de 1891.

À LAS URNAS.

Un retraimiento fatal nos ha alejado como partido político de los comicios, imposibilitándonos para mirar por los intereses de nuestra causa.

El partido carlista ha vivido unos cuantos años sin hacer nada por su vida legal. Apenas se compró la paz, el entusiasmo murió en algunos corazones y la esperanza huyó con los restos *vendidos* de las huestes carlistas.

Los débiles perdieron su fé, los valientes cayeron en el desaliento, y todos saludaron con lágrimas en los ojos á la estrella de la Tradición, que se eclipsaba. El *becerro de oro* quebrantaba las armas arrancadas por la traición de las manos de los héroes, y entre los rumores de un triunfo *judáico* se extinguía la lucha hasta en el campo de las ideas. Los valientes, los que conservaron vivo el fuego del entusiasmo comieron el pan del destierro, mientras los traidores celebraban en orgías su *triunfo humanitario*.

La bandera de la Tradición era relegada á los museos, y solo en las páginas de la historia se perpetuaba el lema Dios, Patria y Rey. El progreso del mal iniciaba su era, y ningún cerebro liberal creyó que se podría retroceder á la *barbarie* de Felipe II y á las glorias *repugnantes* de San Quintín y de Lepanto. Los carlistas se encerraron en sus casas y esperaron mejores días para sacar á flote el bajel de la patria.

—¿Dónde están los carlistas?—decían los *heróes* de la libertad, y pocos se atrevían á decir:—Aquí estamos—y si la prensa nueva del partido hablaba alto la amordazaban como á los locos y ridiculizaban su entusiasmo inútil.

El liberalismo se derramó por España como una nube de langostas; sus teorías envenenaron las inteligencias, y sus prácticas corrompieron la administración y aceleraron la ruina del país. Muchos carlistas contrajeron graves compromisos con los conservadores, y no teniendo correligionarios á quien votar, dieron sus sufragios á los candidatos liberales.

Los alardes religiosos del gobierno hicieron creer á muchos que la Religión estaba identificada con los intereses liberales; una parte del alto clero cantó un *Te Deum* al liberalismo porque creía en el Papa y entraba en las Iglesias como un neófito recién bautizado. España vivía en una paz que apellidaban octaviana, porque los rumores de una guerra sorda y oculta no llegaba á los oídos de la multitud. En tanto el liberalismo proseguía su obra antipatriótica y engrosaba sus filas con hombres de ancha conciencia, prometiéndoles elevados puestos.

La Tradición seguía su camino, en el que nadie la hostilizaba, porque se la creía muerta y desacreditada para siempre. Los enemigos la citaban á la arena de la política, á la lucha le-

gal; pero ella no quería aceptar el reto porque la decían que se deshonoraba al sancionar el derecho á la traición. ¿Quién iba á defender á los pueblos tiranizados por los caciques? ¿Quién probaría al mundo que el gran partido no había muerto? Nadie.

El campo del periódico era muy estrecho para luchar; estas escaramuzas de redacción no interesaban al enemigo, porque este no reconocía el derecho ultrajado. En una palabra, el partido no sacaba de esto nada práctico.

Los bandos liberales merodeaban por los pueblos pisoteando las leyes sancionadas en sus códigos; un gobierno sucedía á otro gobierno, sustituyendo unos caciques á otros caciques, que pesaban sobre los pueblos como las injusticias de los déspotas.

¿Cómo poner coto á esos desmanes? ¿Conqué armas combatiríamos á los corsarios de la libertad? Pues interviniendo en las luchas electorales, escalando los puertos de esos tiranuelos, sin transigir jamás con el liberalismo. Así lo ha comprendido nuestro Augusto Jefe; amante de los pueblos é interesado en la prosperidad de éstos, quiere que todos los tradicionalistas tomen parte en las elecciones municipales para oponerse á la tiranía del caciquismo y moralizar la administración. Un partido que levanta en armas cien mil valientes, tiene medios de luchar en todas partes; las *honradas masas* están á su lado, y si trabaja con fé y valor la victoria habrá de sonreírle y merecerá los plácemes de la España tradicional.

Aquí no se transige ni se reconocen los supuestos derechos de la injusticia; aquí se lucha á muerte, y cuando se lucha á muerte no hay, no puede haber transigencia con el enemigo á quien se aborrece; todo lo que se oponga á esto es conspirar contra la causa, porque se aleja el triunfo, y contra la patria, porque se la mira con indiferencia. El combate debe interesarnos, pues estas victorias se escribirán en nuestra bandera, y además tenemos el deber de emancipar á los pueblos de la inicua tutela á que están sometidos. Nuestro Jefe lo manda, la causa lo exige, y no podemos permanecer en la indiferencia cuando todos los partidos se valen de idénticos medios para infiltrarse en la opinión y escalar el poder.

Cuando la voz de los carlistas se alce en pró de la razón desatendida, los electores conocerán quien los defiende y quien los atropella. Esos insensatos que creen que el partido ha muerto le verán luchando con valor, y entonces la fé de los tibios crecerá hasta el entusiasmo, y todas las esperanzas muertas, (si queda alguna) revivirán, preparando así un triunfo definitivo.

Cuando en los Municipios esté representado el elemento carlista, ya podrá traer una oposición respetable al seno de la representación nacional. Aquí podrían extremarse los ataques al liberalismo, y la voz de nuestros Diputados repercutiría en todos los ámbitos de la Península. Nuestra Comunión sería tan temida en la paz como en la guerra, é influiría poderosamente en la marcha vacilante y tortuosa de la política liberal.

¡Tradicionalistas, á las urnas, que ahí está el principio del triunfo!

Si queréis que caiga el caciquismo; si deseáis que las cargas sean iguales en justicia, en una palabra, si sois verdaderos tradicionalistas y anhelaís el triunfo de nuestra comunión, ¡á votar!

No temáis las amenazas de los caciques despechados ni las coacciones de la *libertad liberal*; eso es poco para los que arrostraron la muerte en los campos de batalla. Los partidos liberales se desmoronan y caen como estatuas de barro; ¿quién les sucedera? ¿Los veis? El cisma los destroza, la carcoma los roe y los envejece apenas han nacido, y el descrédito los hunde.

Preparaos, pues, para los grandes sucesos, y al votar pensad que empezáis á cumplir un alto deber de patriotismo y á forzar las prime-

ras trincheras desde donde el enemigo nos hostiliza.

¡Animo y á las urnas!

CARTA DE VENECIA.

25 de Abril de 1891.

Por expreso deseo de la Archiduquesa Blanca, impaciente de ver al lado suyo á su amadísimo padre, ha anticipado el Duque de Madrid su salida para Lemberg, verificándola en la madrugada del pasado miércoles 22, acompañado por su secretario y gentilhombre el Sr. Melgar, y siendo despedido en la estación por el conde de Faura, el brigadier Sacanell y los pocos españoles residentes hoy en Venecia.

Dentro ya de la góndola, y con los minutos contados para llegar al tren, recibió D. Carlos la dolorosísima nueva de la muerte del marqués de Valde-Espina, comunicada telegráficamente por sus hijos.

Ya desde el 19 conocía D. Carlos la gravedad del ilustre paciente, y sabía le había sido administrado el Santo Viático. Hallábase lejos, sin embargo, de temer un desenlace fatal, pues había solicitado frecuentes noticias telegráficas, y las últimas, recibidas el 21, eran relativamente tranquilizadoras.

Profunda aflicción causóle la inesperada catástrofe, y dejando al brigadier Sacanell la orden de hacer celebrar en la capilla del palacio Loredán funerales por el alma del héroe de Eraúl, aprovechó la primera parada de breves minutos en Udine para dirigir un sertido telegrama de pésame á la familia, y otro desde la frontera austriaca al marqués de Vallecerrato para que le representase en el entierro.

El marqués de Valde-Espina era para Carlos VII, más que un súbdito, un amigo, entrañablemente querido. Como á tal le ha llorado, y seguramente que, asociándose á su dolor toda la Real Familia, unirá desde Lemberg sus sufragios á los de los hijos del difunto.

Honrado puede decirse que desde la infancia el que traza estas líneas por el afecto verdaderamente paternal del glorioso soldado carlista, que apenas hace ocho días le escribía aún larga y cariñosamente con aquella frescura de sentimiento que revelaba un alma de niño por lo pura y aquella apasionada y natural elocuencia que parecía, por lo ardiente, reflejar el temperamento de un hombre eternamente joven y en la fuerza de la vida, nada puede hacer más que añadir su pobre pero ferviente oración al unánime clamor que se eleva al cielo en estos momentos desde todos los ámbitos de la España legitimista.

Fúnebremente comenzó y fúnebremente continúa el año 91 para estas correspondencias, que más que cartas de Venecia debieran titularse en esta temporada revistas necrológicas.

El pasado lunes celebróse en el oratorio del palacio Loredán la anunciada Misa por el alma del marqués de Monroy.

Contristábase el ánimo del Duque de Madrid por la pérdida de aquel magnate cristiano, providencia de los pobres, y en el cual se extingue una ilustre raza, cuando recibió la noticia de otra nueva desgracia, la muerte del octogenario presbítero D. Fidel Martínez, en cuya casa de Dicastillo tantas veces se alojó durante la guerra, y de quien seguramente guardarán muy grata memoria todos los carlistas que operaron por aquella parte de Navarra.

El venerable sacerdote, unido con cariñosa amistad al fidelísimo general Iparraguirre, era citado con frecuencia por D. Carlos en sus predilectas conversaciones sobre el tiempo de la guerra, y nunca le mencionaba sin unir á su recuerdo el de un viejo anteojo de campaña, del que D. Fidel se mostraba muy orgulloso, atribuyéndole un alcance que, en efecto, maravillaba á nuestros generales, pero que más que á los vidrios del instrumento debía atribuirse á la vista verdaderamente fenomenal del buen sacerdote que lo manejaba.

D. Fidel Martínez ha muerto con la serenidad del justo, pero en la más triste soledad, aventada su familia por el funesto desenlace de la guerra, y sumido el mismo en la miseria, después de haber poseído una pingüe fortuna, sacrificada en su mayor parte á la causa.

Últimas noticias del viaje de D. Carlos.

Anteayer, 23, detúvose en Graz, consagrando casi todo el día á acompañar á su amada madre en el convento de Carmelitas del Graben.

Ayer debió proseguir para Viena, recogiendo al paso en Wiener Neustad al Príncipe D. Jaime, con quien pensaba pasar algunas horas en la capital del Imperio de Austria, previo permiso del general colocado al frente de la Academia de cadetes.

Continúa en Venecia nuestro querido amigo el conde de Faura, á quien D. Carlos, que tanto se complace en la sociedad de sus compañeros de armas, no permitió ausentarse de aquí antes de su salida.